



Guille  
y los  
tropiezos

José Leonardo

Ilustraciones de Laura Ordóñez

  
loqueleo  
SANTILLANA

# Índice

I El joven que tropieza con las palabras	7
II El recreo	23
III El Sol	35
IV En casa de Guille	47
V Una escalera al Sol	67
VI Vencer tropiezos	83
VII Vueltas al Sol	97

|

## EL JOVEN QUE TROPIEZA CON LAS PALABRAS

Desde temprano, una sonrisa amplia y reluciente iluminaba los pasillos y jardines del colegio: Guille daba los buenos días a profesores y compañeros con el mismo ánimo y la misma luz de los faros de mar cuando salvan buques de posibles naufragios. Con una mochila atravesada en la espalda y una lonchera en las manos caminaba con largos y rítmicos pasos. Su voz se extendía por los corredores como el sonido de agua fresca de río que serpentea por valles y montañas. Deslumbrado como los astrónomos al descubrir un nuevo planeta desde sus telescopios en la noche llena de estrellas, se quedaba

observando el centro de los girasoles sembrados en los jardines en un recinto interior del colegio que conecta los primeros pasillos y las primeras aulas y sirve de entrada a los visitantes. Sus compañeros de clase notaban sus distracciones y despistes, y se acercaban a preguntarle «¿qué tanto ves?», «¿por qué te quedas así?», «¿qué tienen los girasoles?», «cuéntanos», «anda», «ya va a sonar el timbre», «ven», «hoy, Enrique trajo historietas», «apúrate», «no te quedas ahí». Guille levantaba el rostro sin prisa, abría los ojos como un búho atento a la luna de oro y les respondía: «Es que hay galaxias allí dentro. Y son muchas. ¿No las ven?». Pero nadie podía ver lo que él decía ver.

Por cierto, olvidé mencionarlo —supongo que primero debí presentarme—. Mi nombre es Oseas, Oseas Venturas, pero me dicen Os. Y no. No soy el mago. Ese es de otro cuento y su nombre termina con zeta. Soy el conserje del colegio y



he dedicado mi vida a cuidar sus instalaciones. Mi oficio es muy parecido al de las estrellas: barrer el polvo, limpiar, atender y guiar. En fin, tratar de dar luz con mi trabajo. Sin duda, este colegio es mi lugar favorito de trabajo. Pero sigamos. Les decía que desde que lo vi por primera vez, hace ya seis

años, ha conservado la mirada de niño. Ojos abiertos como un guante de beisbol. De cácher. Antes de atrapar un *strike*. Ojos que no pierden detalle de lo que sucede a su alrededor. De mirada fija, atenta a los secretos que se esconden en el fondo de las personas o detrás de sus palabras. Con una sabiduría de siglos. Como si conociera de mucho antes el mundo en el que habita. Un momento. Esperen. ¿Dije palabras? Gracias por recordarlo. También ocurría algo con sus palabras. Se escapaban de su boca. O de sus libros. Aunque él no quisiera. Y se iban a un lugar parecido al aire. Y él se quedaba atrapándolas. Y eran aviones o cohetes —o pájaros— que se iban. Y no sabíamos por qué.

Alguna vez escuché a Guille hablar al respecto con el profesor de Matemáticas: «Profesor Aurelio, las letras se transforman de repente en aviones que aterrizan en otras ciudades, en naves espaciales dirigiéndose a otros mundos o hasta en

hormigas atrapadas en los libros. ¡Las palabras! ¿Puede creerlo?».».

Y el profesor Aurelio acomodaba sus gafas y observaba a Guille reteniendo el parpadeo en los ojos, achicándolos cada vez más, hasta creer encontrar una mentira en lo que el muchacho decía sobre lo que le ocurría al emitir palabras. Pero, pese a todo obstáculo, el buen ánimo del protagonista de nuestra historia parecía no ceder a preocupaciones sin sentido. ¡Y qué decir de su compañerismo!

Recuerdo haber sido testigo del dedicado esmero con que atendía cualquier inquietud que presentaran sus compañeros o compañeras de clase: la explicación de algún ejercicio de matemáticas, los nombres de las embarcaciones de Cristóbal Colón... O si por error alguien dejaba tirado su dinero o sus crayones en los pasillos del colegio, Guille, sin dudar, los recolectaba y de inmediato los depositaba en el cajón de los objetos perdidos.

las letras  
tranzonan  
en de repente  
que se volaron  
alerrizan  
en otras  
ciudades  
en es  
esocales  
dispenden  
en otros  
momentos  
hacia  
en los  
libros.  
q  
b s



¿Quieren saber algo? No quiero sonar como alguien imprudente, con falsa modestia o fuera de lugar, pero a veces, y juro que es por ratos nada más, siento que Guille se parece mucho a mí. Luego pienso que no. Luego, otra vez que sí. Hasta que descubro lo más probable: que todas las personas de este planeta se parecen entre sí.

¿Ejemplos? A todos nos duele una muela alguna vez. A todos nos han encontrado con cara de asombro hurgando entretenidos dentro de nuestras fosas nasales, girando en círculos el larguirucho dedo índice. ¿Verdad que sí? Claro, imaginé que no me darían un no como respuesta.

¿O se han fijado cómo, en súbitos momentos de duda, también acostumbramos mover la boca con un giro de lado, de manera que logramos una mueca ventrilocua o elástica para luego rascarnos la cabeza con aruños leves? Suele pasarnos. Del mismo modo, bulliciosos, hemos brindado un concierto

de estornudos similar al confeti que se esparce por el aire en las fiestas. Y esperando el más fino de los silencios lanzamos esas explosiones con la gentileza del soplido de un hada o las ligeras llamas del vaho carrasposo de un dragón. Y siempre en los lugares menos apropiados.

Ahora, que no se diga más —por el momento—. Aquí comienza la historia de Guillermo, o Guille, un muchacho muy especial: sus deslumbrantes paisajes, sus sueños, sus amigos, su bondad. La historia se llama *Guille y los tropiezos*.

El camino para llegar al salón de la profesora Heidi era en verdad corto. Pero ese camino también parecía volverse largo y estrecho, como un



túnel amurallado de penumbra, para Guille y su timidez al hablar. Unos cuantos pasos. Breves. Ligeros. Y llegar. Eso era todo. Y nada más.

Sin embargo, allí estaba queriendo entrar en el salón de Ciencias Naturales, como si para ingresar tuviera que atravesar antes una laguna oscura, de agua estancada, llena de burbujas gelatinosas, melodías lúgubres e hilillos de humo ascendiendo en espiral y flotando con los hervores irregulares de una masa deforme.



Inmóvil como un árbol y callado como una roca, parado en el trasluz de la puerta, en un ángulo y en una posición que le permitían observarlo todo, con la mirada sorprendida, Guille escuchaba las entrecortadas voces de sus compañeros desplazadas en el aire y contemplaba las formas en que se traducían: como invisibles laberintos, piruetas ágiles o acrobacias transparentes, las palabras iban y venían.

—Pst... Entra. No pasa nada —le dije, a la vez que enderezaba mi escoba y paraba de barrer, con una ceja levantada, señalando el ingreso y la dirección al salón.

—Buenos días, Guillermo. En un momento iniciamos la clase. ¿Qué haces parado ahí en la puerta? Vamos. Entra. Salúdame. No tengas miedo —dijo otra voz, esta vez suave.

—Buenos días, profesora.

—Hola, Guillermo. Cuéntame. ¿Cómo seguiste de la gripe?

—Mucho mejor, profesora.

—Me alegra oír eso. Ahora siéntate en tu lugar, por favor. Ya vamos a comenzar la clase. Hoy hablaremos de un tema nuevo y muy interesante. ¡Buenos días a todos!

—¡Buenos días, profesora Heidi!

—¿Estamos listos para aprender esta mañana acerca de...?

—¡Las películas de extraterrestres!

—¡Los elefantes!

—¡Los cómics de Batman!

—Chicos, tranquilícense. Estamos comenzando la clase y hoy vamos a hablar del astro rey.

—¡Pelé!

—¡No! Se refiere a Messi.

—Óscar y Carlos, por favor, silencio. Me refiero al astro rey que habita en el espacio: el Sol. El Sol es el que dirige el Sistema Solar. Comenzaremos por definirlo. Apunten en sus cuadernos...

—Je, je. Pst... ¡Carlos!

—¿Qué quieres, Andrea? Nos van a regañar si hablamos en clase.

—Escucha. ¿Ya viste a Guille? Otra vez anda tan distraído como siempre. ¿Qué le estará pasando?

—No le pasa nada. Recuerda que Guille es nuestro amigo. Y ya deja de interrumpir o nos vamos a quedar sin recreo.

—... entonces, les decía que el Sol es el encargado de mantener con vida nuestro...

—Pero es que míralo. Otra vez está ido en sus fantasías. Pareciera que buscara respuestas en el aire, como si tratara de cazar ideas, como si creyera que con la mirada va a poder atraparlas.

—... sistema. Este astro, situado a unos 150 millones de kilómetros de la Tierra, también tiene un giro rotacional. Tarda en girar sobre sí mismo alrededor de 27 días terrestres en el

ecuador y alrededor de 35 en los polos. Vamos a leer en voz alta. Guille, léenos tú. ¿Guille? ¿Qué ocurre? ¡Guille! ¿En qué piensas? Trata de poner más atención en clase. Y, por favor, abre tu libro en la página 27. Léenos el capítulo 3, donde dice: «El Sol y la fotosíntesis».

No pude evitarlo. Minutos antes, la profesora Heidy había dejado la puerta del salón entreabierta. Con mucho cuidado y para disimular lancé el jabón al piso, cuando noté de nuevo la timidez y el retraimiento en el rostro de Guille. Supuse de inmediato que la profesora Heidy desconocía los *tropiezos* que suele tener este muchacho con las palabras y, sobre todo, lo distraído que es.

«Fíjate en la ventana. Sí, hazme caso. Voltea. Detrás de ti. Mira el Sol». De esta forma trataba de comunicarme con Guille, para lo cual alargaba los gestos de mi rostro sin que lo notara la profesora Heidy y para que Guille lograra entender lo que

trataba de decirle sobre el ejemplo que nos da el Sol todos los días.

Pero él no parecía darse por enterado. Pese a mis elásticos gestos y contorsionados ademanes, tampoco respondía a la invitación de leer que le hacía la profesora Heidy. Seguía allí, recostado en la pared izquierda del aula, cerca de la pizarra, situada en el frente. De pronto comenzó a percibir los hilos de la luz del Sol, que como pequeñas tenazas doradas le avivaban e iluminaban el rostro.

—Guillermo, lee para toda la clase. En voz alta, por favor.

—Sí, profesora. «La-la fotosíntesis es-es un conjunto de reacciones que mediante la energía de radiacio-cio-nes lu-luminosas originan y forman oxígeno a partir del dióxido de car-car-bono y el agua. Es el proceso químico más importan-tante de nues-s-s-s-stro planeta».

—Muchas gracias, Guille.

La profesora Heidi contestó aquello estirando las vocales delicadamente, deslizando el siseo de la frase con un tono amable en su voz para impedir que alguno de sus alumnos se riera, y dejando que su mirada suave y de ojos verdes y brillantes le sonriera a Guille, casi diciéndole al oído: «Respira. No pasa nada. Respira».

De pronto sonó el timbre para salir al recreo. Todos cerraron sus cuadernos y corrieron apresurados, tropezándose unos con otros, para salir rápidamente del aula hasta que alguien deshizo la fila recta y abrió la puerta. Y salieron, ahora esparcidos, con la prisa desordenada de las hormigas cuando son desalojadas inesperadamente de sus hormigueros bajo tierra.